

FLORES

Ocurriría allá por junio del 2005 ó 2006, en un viaje rutinario a Alemania.

Nos alojaron en un coqueto hotel típicamente bávaro en un pueblo a las afueras de Munich. Siendo una persona con el sueño inquieto en el mejor de los casos, y casi totalmente insomne en hoteles, me desvelé a la mañana siguiente a las cinco y media de la madrugada. Se acercaba el solsticio de verano, y a esas horas el sol entraba a raudales por la ventana, así que no tenía ningún sentido intentar coger el sueño de nuevo.

Decidí a salir a explorar los alrededores. No conociendo la zona, caminaría en línea recta por una acera durante media hora y después volvería en línea recta por la de enfrente.

Pronto había llegado a las afueras del pueblo y había seguido caminando, internándome en la campiña.

En mi viaje de ida había notado un curioso retablo al otro lado de la carretera y ahora, ya de vuelta, me paré a examinarlo con detenimiento. Sobre un bidón de petróleo lleno de cemento seco a modo de mesa alguien había dejado tres cuchillos baratos de cocina con mangos de plástico y filos aserrados. Al lado había una caja de metal como de galletas danesas con unas pocas monedas dentro. Ninguno de estos elementos estaban fijados al bidón de ninguna manera. Detrás había un cartel montado sobre pilones con fotos de tres tipos de flores diferentes y superimpreso a cada foto, un precio: florecillas amarillas, 3 euros; florecillas blancas, 5 euros; florecillas color lavanda, 7 euros. Más allá vi un campo dividido ordenadamente en tres parcelas con los tres tipos de flores. No existía valla, ni verja ni nada que impidiese el paso. Tampoco había nadie en los alrededores en un radio de varios kilómetros.

De vuelta en el hotel, mis compañeros ya estaban levantados y desayunamos para dirigirnos al trabajo. Al pasar por el cartel le pregunté a uno de ellos, un estadounidense que llevaba viviendo en Alemania años, que qué era aquello. Me miró

como si fuese estúpido: “Está muy claro. Coges el cuchillo, cortas una docena de flores y las pagas dejando el dinero en la caja” me dijo.

Le expliqué que en España, a la media hora el campo estaría vacío de flores y que el individuo que se las llevara, cogería también la caja y los cuchillos. Una hora después habría desaparecido el bidón y, antes del anochecer, el cartel y los pilones que lo sustentaban. “Pero...”, dijo cuando fue capaz de articular palabra “...entonces todo el mundo pierde”. El agricultor pierde su cosecha, ha de vallar la parcela y vender futuras cosechas a un intermediario para que las distribuya a las tiendas que venderán las flores a su vez a 5, 6, 10 veces el precio que te cuesta aquí.” Ajá, pero que me quiten lo bailao, le contesté.

En su pelirroja cabeza de Kansas, moldeada tras años en la bárbara Alemania, eso no cupo. Supongo que al igual que no cabrá en nuestras propias cabezas latinas lo de sírvase usted mismo sus flores, un sistema de metro sin tornos (ni revisores), o un dispensador de periódicos donde sacas un (1) diario y dejas una moneda.

Y no, no creo que los alemanes sean honrados por naturaleza o que los latinos seamos intrínsecamente deshonestos. Pero tampoco creo que la deshonestidad sea graciosa, ni folclórica, ni cañí, ni pintoresca, ni costumbre *typical Spanish* que valga la pena conservar. Y antes de que alguien me salte con lo de la tradicional picaresca hispana, el *Lazarillo de Tormes* es del siglo XVI. Súperalo ya.

Las pequeñas corruptelas y grandes corrupciones son estupendas cuando las cosas van bien. Todo el mundo pillaja (o eso cree). Pero cuando la cornucopia se vacía, los ciudadanos de las naciones con menor número de sinvergüenzas suelen salir mejor paradas. No creo que esto sorprenda a nadie a estas alturas.

Todo lo anterior viene a cuento porque noto con preocupación cómo en la casa del software libre hispano se nos está colando la corrupción que permea el resto

Nos sentimos orgullosos de nuestros orígenes como publicación, que se remonta a los primeros días de la revolución Linux. Nuestra revista hermana, la publicación alemana Linux Magazine, fundada en 1994, fue la primera revista dedicada a Linux en Europa. Desde aquellas tempranas fechas hasta hoy, nuestra red y experiencia han crecido y se han expandido a la par que la comunidad Linux a lo ancho y largo del mundo. Como lector de Linux Magazine, te unes a una red de información dedicada a la distribución del conocimiento y experiencia técnica. No nos limitamos a informar sobre el movimiento Linux y de Software Libre, sino que somos parte integral de él.



de nuestra sociedad. Individuos que buscan ganar influencia sin haber hecho (y sin la intención de hacer) ningún mérito dentro de la comunidad; empresas que solicitan ayudas y subvenciones o que acaparan concursos públicos con la excusa del open source sin devolver nada y percibiendo, a pesar de ello, parte de nuestros impuestos a cambio de humo; políticos que se cuelgan las medallas del software libre para captar votos con sus programas “innovadores” y de “desarrollo” sin entender nada de la filosofía subyacente. Todo esto, digo, se nos está metiendo por debajo del quicio.

Nada de lo anterior casa bien con las ideas subyacentes del software libre, donde prima la transparencia y la meritocracia, donde se fuerza a la honestidad y se descubre con facilidad a los impostores. En el mundo del software libre, los bugs se revelan cuando se encuentran, trabajar por dinero no es sinónimo de estafar al prójimo, se procura que la ganancia de uno repercuta en la ganancia de todos y no se trufan las cifras. La alternativa para nosotros no es rentable a largo plazo.

En la comunidad del software libre hispano, saco en el que incluyo a los apasionados individuos, a las tibias empresas y a las frías instituciones, haríamos bien en poner en orden la casa. Tenemos el potencial de convertir la industria del código abierto en el principal motor de la nueva economía. No permitamos que la vieja economía nos ponga la zancadilla. ■

Paul C. Brown
Director